

**SÁNCHEZ GÓMEZ, Miguel Ángel**, *Torrelavega en el siglo XVIII. Sociedad, economía y política*, Torrelavega, Ayuntamiento de Torrelavega, 2015, 198 págs. ISBN: 978-84-606-8956-0.

La historia local y regional no goza en la actualidad del predicamento que disfrutó en décadas pasadas, cuando la historiografía francesa ejercía sobre nosotros mayor influencia. Ello implica reconocer, con cierta incomodidad, que el trabajo de los historiadores no puede sustraerse al vaivén de determinados modos, temas e intereses que imperan en una época determinada (y no únicamente por motivos académicos) y supone admitir, asimismo, que los enfoques en un momento considerados insustituibles pueden acabar arrumbados y hasta olvidados. Dicho de otra manera más directa: en historia hay *modas*, con todo lo que ello acarrea. Entonces, ¿qué será dentro de medio siglo de la mayor parte de los artículos, capítulos de libros y monografías (por seguir la división escolástica administrativa), que en estos mismos instantes engordan “índices de impacto”?

Viene esta reflexión (pesimista y crítica) al hilo de reseñar el libro de Sánchez Gómez sobre Torrelavega y su tierra en el Setecientos, porque no es frecuente encontrarse en estos tiempos con un estudio de una comarca en una época concreta, un texto que, para que no queden dudas sobre el sentido de sus páginas, se subtítulo *Sociedad, economía y política*. Siguiendo con la lógica de las modas que se suceden en la historiografía española, una monografía de este tipo estaría “fuera de tiempo”, o al menos se situaría al margen de los focos de la actualidad. Por el contrario, si nos distanciamos de esos criterios (que es lo que se debe hacer) y adoptamos el de la calidad, el libro ha de ser considerado un excelente trabajo de historia local.

El objeto de estudio de Miguel Ángel Sánchez es Torrelavega y su jurisdicción en el siglo XVIII, un espacio coherente en términos geográficos, económicos y poblacionales que igualmente tiene una identidad jurídico-administrativa como señorío nobiliario perteneciente a la casa de la Vega (ligado a la casa ducal del Infantado). Así delimitado su campo de investigación, el autor se centra en establecer una imagen panorámica de su organización político-administrativa, su población (evolución demográfica y organización social) y sus actividades productivas durante el último siglo del denominado Antiguo Régimen. Ello le permite situar los procesos en una doble dimensión: por un lado la pervivencia de estructuras y tendencias seculares, sostenidas desde, al menos, los finales de la Edad Media, y el surgimiento de novedades en el arranque de una fase de cambios profundos que se iban a verificar en el siglo XIX.

La fuente principal utilizada, como no podía ser de otra manera, es la información generada por el proyecto de establecimiento de una Única Contribución a mediados del XVIII, más conocido como *Catastro de Ensenada* por el ministro que impulsó este frustrado intento de cambio de la distribución de la carga fiscal. Si bien el ambicioso plan de Rodríguez Moñino no llegó a culminarse, al menos

ha proporcionado a los historiadores una masa de datos, bien organizados y con un notable grado de fiabilidad, que aún no ha terminado de rendir todos los frutos que puede dar. Es importante destacar esto último, que los libros de respuestas y resúmenes del Catastro todavía no han sido exprimidos en su totalidad y esperan estudiosos que los apuren, como ha hecho, en el caso de Torrelavega, M. A. Sánchez. No está de más recordar que las pretensiones informativas del Catastro no tienen precedente en la historia de España, y que nos encontramos ante una iniciativa de gran alcance pionera en toda la Europa ilustrada. La riqueza de la documentación catastral deriva de que con ella se quería establecer una correlación directa entre la carga tributaria y la riqueza real de los españoles. De ahí que las respuestas a los cuestionarios, luego procesados en resúmenes de diversa naturaleza, buscaran dar una imagen fiel de la producción, los rendimientos de todo género, la distribución de la propiedad y los usos del suelo, las actividades productivas y profesionales, la fiscalidad señorial, eclesiástica y regia, además de detallada información demográfica.

Pues bien, Miguel Ángel Sánchez se ha servido de esta valiosa documentación para formar un cuadro de la tierra torrelaveguense, cuadernos de respuestas y libros resúmenes que se encuentran distribuidos en el Archivo General de Simancas, el Histórico Provincial de Cantabria y el General de la Administración. Ha completado sus fuentes con papeles provenientes de otros archivos generales y, sobre todo, regionales y locales cántabros, con lo cual obtiene otros puntos de vista relacionados con la administración municipal o algunas trayectorias personales y familiares destacadas, gracias en este caso a los procesos de hidalguías guardados en la Sala competente de la Real Chancillería de Valladolid, o a los testamentos y cartas que se custodian en los archivos de protocolos. El resultado es una panorámica muy completa de la tierra de Torrelavega en las postrimerías del Antiguo Régimen.

Lo primero que destaca es la escasa presión (o presencia) de los Infantado en estas tierras y población sobre las que ejercían su jurisdicción. La casa ducal se limita a disponer unos cuantos nombramientos y ejercer la justicia en grado de apelación, además de determinados rendimientos económicos y el cobro de las alcabalas (enajenadas de la corona) y diversos impuestos tradicionales que, aun cuando suponían un montante modesto, se cobraban sobre todo por su valor simbólico al aludir al sometimiento jurisdiccional. Torrelavega y las otras localidades del señorío eran regidas por un reducido grupo de familias hidalgas que controlaban además las actividades productivas locales y tenían sus redes de intereses fuera de la comarca y de Cantabria, hasta llegar a la corte y a la Andalucía occidental, con lazos ultramarinos en los virreinos de Nueva España y del Perú (incluso Manila). Estas extensas líneas clientelares y de intereses económicos de los poderosos locales forman parte de un fenómeno mucho más amplio social y económico que determinó las dinámicas de la población de Torrelavega (y de casi toda la costa cántabra española): la emigración. Como bien dice el autor, la emigración es aquí un “fenómeno interclasista” que si bien explica parcialmente la prosperidad de unas pocas fami-

lias, dado que afectó a todas las capas sociales, prueba la insuficiencia de la economía local para atender las necesidades generales. Esta emigración por motivos económicos, lógicamente, incidió en las familias campesinas y marineras, obligando a la salida de los maridos e hijos varones y dejando las familias al cargo de esposas y madres, como bien revelan los libros de familia del Catastro. Sánchez Gómez no duda en tildar de “traumático” este proceso de separación, tanto por sus consecuencias afectivas y sociales, como por sus resultados económicos, dado que la marcha de los hombres debilitaba el núcleo familiar y aumentaba la exposición de quienes se quedaban ante las adversidades naturales y los abusos. De esta manera, si la emigración es una respuesta a la insuficiencia de las actividades productivas, se nos presenta, a su vez, como causa casi segura de nuevas dificultades.

Constatada la precariedad de la estructura agropecuaria y la desigualdad en la distribución de esos escasos recursos, a Torrelavega (y a toda la cornisa cántabrica) le afectó un factor externo, como fue la explotación masiva de la riqueza maderera para la reconstrucción de la marina de guerra, emprendida por la corona en las décadas centrales y siguientes del siglo. En contra del sistema tradicional de tala controlada, sancionada por las costumbres y las leyes y, diríamos ahora, sostenible para no alterar el equilibrio natural de la fuente, las necesidades de la Marina supusieron un verdadero esquilmo de los bosques (principalmente robles y castaños) que privó de beneficios futuros y estables a los naturales. Y si esto era con los recursos naturales, algo similar sucedía con la única industria que merece tal nombre, que son las herrerías, sobre todo la de La Rocha, acaparadas por las mismas familias de hidalgos desde tiempo atrás. Es muy interesante que esta industria tradicional diera pie a la principal línea comercial de la comarca: la salida de hierro en bruto hacia la Tierra de Campos donde se situaban almacenistas del metal que luego lo distribuían a las industrias de transformación, y el retorno a Torrelavega de esos transportistas con vinos blancos, principalmente de la zona de Rueda (llamado “vino de la Nava”), que abastecían el mercado local y también encontraba otros destinos por vía marítima.

En definitiva, el autor nos pinta las características peculiares de Torrelavega y su jurisdicción a lo largo del siglo XVIII, insertándola al mismo tiempo en su contexto cántabro y español en las postrimerías del Antiguo Régimen. Lo que destaca es la debilidad de las estructuras económicas y sus consecuencias sociales (la principal, la emigración). Como se decía al principio de estas líneas, estamos ante un buen estudio de historia local y regional que, independientemente de las modas historiográficas, debe ser bienvenido por su calidad y porque suma a nuestro conocimiento.

Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ  
*Universidad de Valladolid*

**FRANCO RUBIO, Gloria A.**, coordinadora del monográfico *Condiciones materiales y vida cotidiana en el Antiguo Régimen* de la revista *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejo XIV, 2015. ISSN.: 0214-4018.

Siempre puede resultar complejo reseñar una obra colectiva ante las distintas plumas que incorpora la lectura de una monografía que trata de ahondar en un nexo común y unitario desde distintas perspectivas y enfoques. En este caso, resulta más sencillo, debido a la calidad individual y global alcanzada, mérito de una eficaz y ya amplia labor de coordinación y del buen hacer de las doce firmas -once femeninas- que incorpora.

El lector interesado, especialista o profano, podrá disfrutar aquí de una nueva aportación del reconocido grupo de trabajo “El hecho cotidiano en la monarquía española. Lo doméstico, entre lo privado y lo público. Historia comparada entre el interior y la periferia” (coordinado desde las universidades de Barcelona, Granada y Complutense de Madrid; y continuador de otros previos igual de estimulantes y plenos de vitalidad), cuyo título ya es de por sí suficientemente decidor de esta nueva línea de investigación en el ámbito del modernismo internacional y nacional, que ve la luz después de los, también muy interesantes y sugerentes estudios (por no ser prolijo no puedo detallar aquí todas sus monografías; en su página web: [www.ucm.es/vida-cotidianaespana-moderna](http://www.ucm.es/vida-cotidianaespana-moderna), pueden seguirse sus actividades): Inmaculada ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS (ed.): *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*, Granada, Publicaciones de la Universidad, 2012; Gloria FRANCO RUBIO (ed.): *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*, Madrid, Almudayna, 2012; e Inmaculada ARIAS DE SAAVEDRA y Miguel Luís LÓPEZ-GUADALUPE (eds.): *Vida cotidiana en la Monarquía Hispánica. Tiempos y espacios*, Granada, Publicaciones de la Universidad, 2015.

No es el primero libro (recuerdo ahora: el Anejo número VIII de la acreditada revista *Cuadernos de Historia Moderna* titulado *Cosas de la vida. Vivencias y experiencias cotidianas en la España Moderna* del año 2009), ni será el último, cuando, al lado de varios coloquios internacionales más organizados, la doctora Franco acaba de abanderar la dirección del X Seminario de ‘La Vida Cotidiana en la España Moderna’: ‘Vivencias y Experiencias de la Vida Cotidiana’ (Universidad Complutense de Madrid, abril de 2016).

“Fragmentos de cotidianidad” en suma (pinceladas y destellos de ‘rutinas urbanas’, ‘rituales y prácticas vitales’, ‘comidas diarias’, ‘viviendas y habitaciones’, ‘juegos y trabajos’, ‘amores y afectos’, ‘conflictos, violencias y fracturas’...), como acertadamente titula el artículo de referencia introductorio.

Situaciones, momentos, hechos habituales o extraordinarios, vivencias colectivas o experiencias individuales, emociones y sentimientos...; la aventura de vivir en el Antiguo Régimen en el trabajo, en la práctica de la religiosidad, de-

lante de un plato, satisfaciendo (o no) necesidades higiénicas básicas, entre entretenimientos amoroso y festivos, desde la niñez hasta la vejez. Ofreciendo una temática todo lo amplia que se quiera en un tiempo muy muy largo.

Facetas complementarias de la vida caracterizadas por la reiteración y la cadencia habitual, tanto de un lacónico día a día apenas alterado como de tantos imprevistos inesperados, “la ruptura de lo cotidiano, lo extraordinario, lo inusual”. Ofreciendo la estabilidad de lo frágil a la par que el dinamismo de lo eterno; las permanencias y las transformaciones: “un juego de alternancia, de contraposición, de solapamientos entre inercias y persistencias frente a cambios e innovaciones; impulsado por una dialéctica que, situando a los individuos, hombres y mujeres, como agentes sociales activos hace posible que la humanidad pueda seguir evolucionando” resume la pluma de la doctora Franco.

Un fenómeno muy complejo. Que exige el uso constante de la interdisciplinariedad (literaria, iconográfica, judicial, notarial...), la búsqueda y el análisis de una enorme cantidad de muy diversas fuentes y la reformulación más explícita de una metodología novedosa. Solo así, y enganando a un creciente número de historiadores comprometidos en fortalecer una línea historiográfica que en la actualidad está recibiendo la atención que merece, la continuidad de este tipo de estudios poliédricos puede-debe convertirse en la imagen simbólica de aquella civilización moderna.

Además de su magnífica introducción, aquí se reúnen diez trabajos especializados. Muy brevemente resumidos, por orden temático de presentación, en una cierta clave de género y articulados en torno al ciclo vital infantil, hasta culminar en la enfermedad mortal o su remedio, y pasando por el complejo mundo de los afectos, los deseos, los sentimientos y las emociones tanto como por las maneras de habitar y ocupar los interiores domésticos.

Josefina Méndez se centra en las condiciones materiales en las que se desarrollaba la crianza y la lactancia infantil durante el Antiguo Régimen.

El artículo de Amaya Morera supone un acercamiento a las diferentes categorías analíticas presentes en sus juegos, juguetes y muñecas.

Leticia Sánchez analiza los remedios médico-sanitarios para combatir la enfermedad y recobrar la salud perdida por la santa castellana por excelencia.

A partir de los socorros ofrecidos al colectivo femenino, Inmaculada Arias de Saavedra y Miguel López-Guadalupe muestran los elevados niveles de curación proporcionados por la medicina hospitalaria en un establecimiento asistencial prototípico andaluz.

M<sup>a</sup> José de la Pascua muestra (tras cuestionar la objetividad documental) la complejidad de las pasiones del corazón, mediatizadas por una subjetividad que distorsionaba la realidad.

El texto de M<sup>a</sup> Ángeles Pérez Samper sitúa el tema de la alimentación en un mundo quimérico plagado de hartazgos extremos hasta generar un imaginario colectivo cargado de mitos que proporcionasen alguna esperanza de escapar a la triste realidad del hambre.

Ofelia Rey expone las maneras de vivir y ocupar los interiores domésticos gallegos de Santiago y Coruña. Tras su exhaustivo análisis de las fuentes notariales y fiscales, diferencia los enseres domésticos presentes tanto en los pazos privilegiados y en algunas casonas como en las miserables casas campesinas rurales, frente a los palacios y las ricas viviendas burguesas urbanas.

Mariela Fargas se centra en la percepción y uso público del secreto familiar cotidiano, descubriendo las divergencias y contradicciones presentes en guardarlo y mantenerlo.

Natalia González trata de ofrecer el reflejo material doméstico de las prácticas religiosas más características de las actitudes piadosas que marcaban aquellas sociedades sacralizadas.

Finalmente, el texto de Marion Reder constituye un claro ejemplo de la alteración de la rutina diaria y del enquistamiento de la violencia cotidiana (la maledicencia vecinal, la salvaguarda del honor o la auto-corrección social) presentes en lo más profundo de la sociedad castellana.

Más ampliamente, la Hermandad de la Caridad y Refugio granadina se especializó en el control de la sanidad femenina para cubrir sus necesidades hospitalarias. Los ricos fondos de su archivo permiten analizar cuantitativamente la ayuda prestada durante la segunda mitad del XVIII: el ingreso de enfermas, las principales dolencias tratadas o la mortalidad en el hospital, aunque la calidad de su asistencia resultase muy notable (Arias de Saavedra).

Numerosas prácticas y emociones giraban en torno a los secretos cotidianos dentro del seno familiar; en unos espacios que permiten apreciarlos desde su oposición frente a lo mayoritario, lo público o lo normalizado; contribuyendo también al conocimiento de las divergencias y contradicciones polifacéticas en su construcción político-moral (Fargas).

Las actitudes y prácticas sacras dentro de la vivienda tuvieron un marco de desarrollo excepcional. Los ámbitos de la devoción piadosa de las elites madrileñas presentan múltiples elementos materiales de carácter religioso (recogidos en cuentas de capital, cartas de dote o en inventarios de bienes): imágenes y otros objetos de carácter sagrado diseminados por las distintas estancias o el rezo colectivo del rosario, permiten calibrar el significado de la tradición religiosa en la vida doméstica familiar (González Heras).

En el debate ilustrado entre lactancia materna y mercenaria, la figura de la nodriza pasó a ser cuestionada por la ciencia médica y pediátrica, enmarcada en el más amplio de la identificación de mujer y maternidad y en la construcción

social que redefinía su misión protagonista en amamantarlos, criarlos y educarlos para dar al Estado ciudadanos robustos: los tratados de puericultura perseguían enseñar a las madres cómo cuidar a sus hijos (Méndez).

Cuidados saludables que no podían olvidar los entretenimientos infantiles, haciendo especial hincapié en las muñecas y en los singulares roles que las niñas han ido interpretando mediante este singular juguete (Morera).

Haciendo un especial hincapié metodológico (y basándose en un amplio análisis de fuentes documentales que constituyen verdaderos depósitos de la praxis discursiva de la cultura amorosa de la modernidad) en la incertidumbre de los afectos, se acerca desde la historia de las emociones a la vivencia del amor, significando que las prácticas amatorias deben tener en cuenta la especificidad del sentido del tiempo en las pasiones cotidianas (de la Pascua).

Entre los sueños y la realidad, la tierra de Jauja era un país mágico insistentemente imaginado y buscado durante la Edad Moderna. El mito de aquellas tierras fantásticas se basaba en que el alimento era allí abundante frente a la vivencia cotidiana e infernal de tanta penuria. América se convertiría en la principal proyección de aquella quimera (Pérez Samper).

Un suceso extraordinario altera el quehacer cotidiano de la ciudad de Málaga, rompiendo la monotonía diaria. Los testigos de un crimen pasional pormenorizan sus consecuencias. Contrastando los diferentes testimonios se rastrean los móviles, los sujetos y todas sus circunstancias. La mirada femenina sirve de hilo conductor para recopilar información sobre un acto criminal aparentemente inocuo (Reder).

Pese a los problemas documentales para estudiar las casas gallegas del siglo XVIII, puede conocerse no poco sobre su tamaño y características tras una pertinente comparación entre las viviendas de sus espacios rurales y urbanos; las de la hidalguía y los campesinos o los pazos frente al equipamiento de las de los ricos comerciantes portuarios. Además, se replantean las vías mediante las cuales se acumulaban los bienes en dichas estancias (Rey).

Cierra este monográfico el recorrido por la vida más cotidiana relatada por la santa viajera Teresa de Jesús sobre sus enfermedades y dolencias físicas y los remedios terapéuticos utilizados para su curación, dentro de las condiciones materiales impuestas por la clausura (climáticas y de hábitat, alimentación e indumentaria). La experiencia mística unida a la corporal (Sánchez).

En suma, un nuevo y brillante escaparate donde pulsar la cotidianeidad de la España Moderna.

Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ  
*Universidad de Valladolid*

**CUENCA TORIBIO, José Manuel**, *Amada Cataluña. (Reflexiones de un historiador)*, Editorial Iustel, 2015, 126 págs.

No resulta fácil, en estos tiempos de desafección entre los que poblamos este trabajado solar de la antigua Hispania, levantar la bandera de la atención, la conciliación y el diálogo, así como de la proximidad cordial entre los que, en estos inicios del siglo XXI, nos ha tocado habitar esta vieja piel de toro (la catalanizada “pell de brau”, de Espriu), que hoy se intenta desgarrar desde su esquina nororiental, despertando por ello, por parte de muchos que viven a la otra orilla del Ebro ancestral, una amarga reacción de inquietud, de disensión y disgusto, como pocas veces se ha visto entre nosotros.

El profesor José Manuel Cuenca Toribio, “catalanista convicto y confeso, sometido a un sentimiento español de estricta observancia y a un cosmopolitismo de riguroso cumplimiento”, según sus palabras, en este libro de ediciones Iustel, y en esta hora difícil, se acerca a algunos de los aspectos más relevantes de la actualidad catalana no sólo desde su personal e iluminadora perspectiva de historiador, sino singularmente también a través de la pujante catalanofilia que con harta frecuencia han destilado las élites intelectuales españolas, con predominio de las andaluzas, todas las cuales han venido desarrollando una marcada atención hacia la historia y la cultura del Principado, con especial dedicación a la complejidad problemática del momento político, pero sin olvidar –todo lo contrario– el proceso cultural y político que nos ha conducido hasta aquí. Y todo ello, en su característico estilo de opulenta riqueza expresiva y amplio aliento, estilo de verdadero historiador literario, que nos conduce, a través de las tres secciones que lo integran (Cataluña en la historia, Cataluña vista desde el resto de España y Cataluña y la cultura) a conformarnos una imagen cabal, serena y a la vez apasionada, de esta tesela esencial y determinante del variado mosaico hispánico.

Desde el compromiso de Caspe hasta el momento presente, pasando por la Mancomunitat, la República, el anticatalanismo y el franquismo en sus distintas fases, estos breves e iluminadores ensayos despliegan ante nosotros una serie de personalidades y acontecimientos que no deben dejar indiferente a nadie con auténtica vocación intelectual por el pasado y el destino no sólo de Cataluña sino de la general patria española.

Entre esta pléyade de ilustres personalidades de la cátedra y las letras que se han acercado con apertura de pensamiento y de espíritu, sin reservas y afán de entendimiento entre las diversas culturas y lenguas peninsulares, junto a las de Menéndez Pelayo, Miguel de Unamuno, Azorín, y luego Dionisio Ridruejo y Julián Marías, clásicos de la preocupación catalana, y como constata el profesor Cuenca, “el Sur fue tal vez el solar en que con más fuerza se aclimató la planta de la simpatía y la alta estima profesadas a los naturales del Principado, otorgándoles sin reser-



vas la primacía en la modernización de toda la patria española y el papel de abanderados de las principales conquistas sociales y culturales de los nuevos tiempos”. Y el ilustre contemporaneísta pasa a evocar una serie de nombres de muy alta relevancia y proyección intelectual, como A. Gallego Burín junto a su hijo Antonio Gallego Morell, Federico García Lorca, “catalanófilo empedernido”, M. Fernández Almagro, Manuel de Falla, José María Pemán, M. Jiménez Fernández, Florentino Pérez Embid, Antonio Fontán, el también catedrático y ministro Jaime García Añoveros, el psiquiatra Carlos Castilla del Pino ... “y a gran distancia de todos, por una labor historiográfica de primer orden, en su volumen e impar penetración en las fibras más hondas de la personalidad catalana, Jesús Pabón y Suárez de Urbina, autor de la mejor biografía de Cambó, obra ejemplar en su género, y venerado maestro de nuestro historiador.

### Cataluña y la cultura

Particularmente atractiva, por motivos personales, nos resulta la tercera sección del libro, de este título, con importantes aportaciones sobre grandes figuras de la vida intelectual catalana a lo largo de sus diversas etapas, como el gran historiador Jaume Vicens Vives, figura ejemplar, o Xavier Tusell, con particular atención a la figura señera de Julián Marías, así como a los *Dietaris* del primer delegado de España en la UNESCO, Joan Estelrich (1896-1958), cuya obra le parece clave a nuestro autor para el conocimiento y comprensión de la España de su tiempo y el nuestro.

(Y al hilo de estas notas nos gustaría subrayar la decisiva y personalizadora importancia que en las letras catalanas ha tenido de siempre el género diarístico y memorialístico, muy característico de su literatura. Baste recordar auténticos maestros en el género como Josep Maria de Sagarra, Agustí Calvet, *Gaziel*, Marià Manent, Josep Pla o Ignasi Agustí, entre otros, cuyas notas, reflexiones y evocaciones, nos resultan imprescindibles para una cabal comprensión de la vida y del pulso histórico de Cataluña).

Entre tantas otras personalidades que esmaltan este libro, tan esclarecedor y oportuno en esta hora, destacamos la prudencia y cordura que el profesor Cuenca nos resalta en el pensamiento y la actitud del filósofo Jaume Balmes, en el bicentenario de su nacimiento, quien “se afanara hasta la extenuación por encontrar caminos de diálogo y concordia en el laberinto de egoísmos y cegueras de la España de progresistas moderados y carlistas”. En palabras de nuestro historiador, “merece destacarse el agudo planteamiento que del difícil encaje de *Catalunya* en la gran patria española hizo Balmes. ¿Su fórmula? Realismo, medida e inclinación incoercible por la suma, sin olvidar que ninguna generación puede liquidar, salvo peligro de inevitable catástrofe, una empresa colectiva patinada por los siglos.

Por último señalemos como nuestro historiador con este libro deslíe una necesaria untura de balsámico aceite y *seny* auténtico sobre las encendidas llagas de las mutuas relaciones del momento actual, que encrespan el normal discurrir de nuestra vida colectiva. “Refórmese a fondo el Estado de las Autonomías; trabájese a destajo en excrecencias, frondosidades y malformaciones; mas no nos adentremos, en días de tormenta, en aventurerismos ni ensoñaciones”.

No debemos echar en saco roto y será oportuno subrayar, en estos tiempos en los que el estudio de las humanidades y la historia pasa a un segundo término, que formamos parte, en palabras de Cuenca Toribio, del “más viejo Estado de Europa y de uno de sus pueblos de más dilatada trayectoria temporal”. De que esta asendereada *pell de brau* que hoy nos acoge a unos cuarenta y ocho millones de compatriotas es el “... producto natural de una convivencia cuando menos varias veces centenaria. De ahí que pocas cosas haya más respetables, e incluso limítrofes con la sacralidad, que la idea de nación albergada en la entraña de su espíritu por las gentes que afirman diariamente su vínculo íntimo con las partes que componen el conjunto nacional”. Esas gentes que ratifican, en la cadena temporal de la historia, “el plebiscito permanente que, en el sentir de Ernest Renan, constituye un país”.

Carlos CLEMENTSON

**BARRIO GOZALO, Maximiliano**, *La Santa Sede y los Obispos españoles en el Trienio Liberal (1820-1823)*, Roma, Instituto Español de Historia Eclesiástica de Roma, 2015, 339 págs. ISBN: 978-84-944877-3-6.

El profesor Barrio Gozalo, al que conocí en un Seminario que impartió en la Universidad de Pavia hace ya muchos lustros, es uno de los mejores especialistas de la historia de la Iglesia española del Antiguo Régimen, como lo demuestran los estudios que ha publicado en los últimos años sobre el clero: *El Real patronato y los obispos españoles del Antiguo Régimen* (2004), *El clero en la España Moderna* (2010) y *El Sistema benefical de la Iglesia española del Antiguo Régimen* (2010), que son obras de síntesis de gran calidad e imprescindible para los estudiosos de la historia de la Iglesia. Últimamente se ha centrado en el estudio de las relaciones entre las cortes de Madrid y Roma y ha publicado dos libros: *La Embajada de España ante la Corte romana durante el reinado de Carlos II* (2013) y *La Santa Sede y los Obispos españoles en el Trienio Liberal* (2015), que es la obra que reseñamos.

Esta obra se apoya fundamentalmente en fuentes del Archivo Secreto Vaticano, y las de mayor riqueza son los despachos que el representante pontificio en Madrid envía a la Secretaría de Estado de la Santa Sede y las respuestas del

cardenal secretario, así como la documentación que generó la Congregación especial que instituyó el papa para analizar y valorar los asuntos españoles relacionados con la Iglesia. El autor ha cotejado esta información con otras fuentes documentales y bibliográficas para ofrecer un estudio lo más ajustado posible a la realidad histórica. Igualmente ha consultado una abundante bibliografía, cuidadosamente escogida, que utiliza, junto con las fuentes documentales, con diligencia y profundidad analítica, como bien lo muestran las numerosas notas a pie de página y la soltura con que emplea el recurso a la información que obtiene de su consulta. Por otra parte, maneja las fuentes con precisión, lo que le permite situar perfectamente el origen y la evolución de los hechos. En suma, al completar la información obtenida en los archivos con la bibliográfica, el autor ha sabido ofrecer unos resultados que permiten disponer de un conocimiento exhaustivo de la actitud de la Santa Sede y los obispos en el Trienio.

El trabajo se presenta estructurado en cuatro partes para mayor claridad expositiva. En la primera analiza la postura de la Curia romana y de los obispos españoles ante el régimen liberal. El papa creó una Congregación para seguir los acontecimientos españoles y orientar al nuncio de cómo debía actuar con el gobierno y las Cortes. El nuncio Giustiniani que, en un principio aceptó el cambio político con realismo político, luego se convirtió en un duro fustigador de las reformas religiosas. La mayoría de los obispos, a pesar del recelo, aceptó el cambio y se mostró dispuesto a colaborar con el nuevo régimen. Pero luego, cuando se mandó a los párrocos explicar la constitución en la misa de los domingos y, más todavía, cuando se constituyeron las Cortes e iniciaron las reformas eclesiásticas, sólo unos pocos continuaron apoyando a un gobierno que estaba desmontando las estructuras de poder de la Iglesia del antiguo régimen. La mayoría se fue escorando cada vez más hacia una oposición velada o abierta.

En la segunda parte ofrece una valoración de las principales reformas eclesiásticas que el régimen liberal llevó a cabo, sin contar con la autoridad pontificia, pues los liberales se creían capacitados para abordarlas por ser un derecho propio e inherente a la soberanía de la nación. Antes de acometerlas, restablecieron la libertad de imprenta para sensibilizar a la opinión pública y ponerla en guardia contra el fanatismo reaccionario y el despotismo absolutista. La crítica de los medios escritos alcanzó a todas las instituciones del antiguo régimen y, sobre todo, al clero, por lo que el nuncio hizo todo lo posible para controlar la difusión de los escritos que atacaban a las personas y cosas religiosas, mientras que algunos obispos se limitaron a publicar edictos renovando los *Índices de libros prohibidos* por la extinta Inquisición. El autor analiza, después, las reformas más importantes: supresión de los monacales y la reducción de los mendicantes y clérigos regulares; reforma benéfica, que iniciada por Carlos III y proyectada por José I y las Cortes de Cádiz, se volvió a plantear en el Trienio. También llevaron a cabo otras reformas tendentes a la secularización de las

personas y cosas sagradas, como la inmunidad eclesiástica, el medio diezmo, la restricción de envío de dinero a Roma para pagar las gracias y dispensas, etc.

En la tercera parte analiza el nombramiento de los obispos y el gobierno de las diócesis vacantes, las medidas contra los prelados realistas y la exigencia de que contribuir a la defensa del régimen constitucional. Cuando los liberales acceden al poder intentaron crear un equipo episcopal adicto al nuevo sistema, cubriendo las vacantes con eclesiásticos afectos al mismo, pero la Curia romana se negó a preconizar a la mayoría de los electos por el gobierno porque el nuncio los acusó de jansenistas y liberales, dos imputaciones intolerables para Roma. Ante el retraso de la confirmación de los primeros electos, la prensa denunció el obstruccionismo pontificio como una amenaza contra el régimen liberal, y el gobierno, para contrarrestar la negativa pontificia, mandó a los electos que se hicieran cargo de la administración de las diócesis; tomó medidas para eliminar a los prelados que más se distinguían por su credo absolutista, y los mandó que controlasen a los eclesiásticos que se desviaban de la senda constitucional y apoyaban la rebelión contra el sistema liberal.

Y en la cuarta parte examina la represión que el gobierno absolutista y la Santa Sede llevaron a cabo contra los obispos que habían apoyado el sistema constitucional, amenazándolos con la deposición si no renunciaban al obispado, como fue el caso de los prelados de Astorga, Mallorca, Cartagena, Segorbe y Santiago de Compostela. Es más, si durante el Trienio el nuncio protegió a la Iglesia de las intromisiones del gobierno, ahora promovió y colaboró en la destitución de unos obispos que habían sido confirmados por Roma. Por fin, una relación de fuentes, una bibliografía al día y un siempre utilísimo índice onomástico, vienen a completar este libro que, desde el planteamiento, hasta la edición, pasando por la amenidad del estilo, bien puede calificarse de modélico.

Hacía falta un libro como éste para poder tener una visión general de la actitud de la Santa Sede y de los obispos españoles ante el Trienio liberal. Pero, aunque éste sea uno de sus principales méritos, hay que destacar otros más. En primer lugar, la estructura coherente y bien organizada de la obra alcanza casi la perfección, pues a través de sus capítulos el lector puede conocer y seguir con facilidad las vicisitudes de la Iglesia en los tres años del gobierno liberal. En segundo lugar, aunque no es tarea fácil hacer un estudio histórico sobre la actitud de la Curia romana y los obispos españoles ante el régimen liberal por las visiones tan opuestas que se han manifestado, el autor ha sabido mantener el equilibrio y aportar luz sobre un tema tan distorsionado por los escritos de carácter reaccionario. Y en tercer lugar, el autor trasmite las ideas y objetivos con un estilo literario directo, claro y sencillo, que no resta en modo alguno calidad erudita ni precisión historiográfica.

Por último, este gran libro, editado con el mayor cuidado por el Instituto español de Historia Eclesiástica de Roma, es un ejemplo de equilibrio empírico

e interpretativo, pues aunque su autor parte de un esquema organizativo claro, se deja entrever que ha sido lo suficientemente flexible para dejar que la rica y abundante documentación utilizada dote de lógica cronológica y factual sus resultados. No resta sino felicitar al Profesor Barrio Gozalo por el trabajo realizado para que podamos conocer con más precisión las actitudes de la Santa Sede y de los obispos españoles antes las reformas eclesiásticas que los liberales intentaron llevar a cabo en el Trienio para consolidar lo proyectado en Cádiz.

Simona NEGRUZZO  
*Universidad de Bolonia*

**RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis**, *Agonía, traición, huida. El final del Sahara español*, Barcelona, Crítica, 2015.

La primera cuestión que ennoblece al autor de este magnífico ensayo es la dedicatoria que hace a Antonio Fernández, su maestro y director de tesis que nos ha gustado mucho por su originalidad. Después, en primer término, insistiremos en que sus 676 páginas se leen con verdadero interés y gusto intelectual, sin duda. Pero esto no es nuevo en la obra de José Luis Rodríguez, pues es un sello identitario la combinación habitual del rigor científico más preclaro con la difusión de conocimientos más nítida.

Me ha parecido muy interesante el Capítulo Primero donde narra la conquista del Sahara Occidental, dentro de una tardía colonización europea y donde se incluye la guerra de Ifni-Sahara. Todo ello sustentado sobre ricas fuentes (Archivos: Carlos Arias Navarro, Fundación Francisco Franco, entre otros) y documentación muchas veces censurada por los protagonistas de los hechos que narra. En el Capítulo Dos describe, con verdadera maestría, el interés de la metrópoli por los minerales de este territorio, especialmente por los fosfatos y el petróleo. Todo ello nos lo cuenta el autor con un método que considero novedoso del todo. Es este: de las numerosas entrevistas que ha realizado (más de doscientas), toma a dos personas que vivieron el periodo en el que se centra el libro (1970-1975), que son Rafael de Cárdenas y Sonsoles López, y que hacen de hilo conductor de narradores en primera persona. Con ellos vemos los turbios, y hasta ahora no suficientemente explicados, episodios de 1975 o momento en que España sale del Sahara. Las tesis de Rafael de Cárdenas y Sonsoles López hilvanan la trama historicista del texto y se reflejan en la idea, según la cual el gobierno de Franco traicionó a cuantos en el Sahara atlántico vivían (españoles y saharauis), y que fueron entregados a los ejércitos ocupantes de Marruecos y Mauritania.

Pero los militares no dejaron el territorio ellos solos. El gobierno español obligó a toda la colonia española a salir del Sahara. Este fue un mito que los gobiernos de Arias-Franco y de Arias-Juan Carlos I hicieron de la indignidad de su política para el Sahara. La invasión marroquí por el norte y la mauritana por el sureste, propiciada por el gobierno español, trató de ser respondida con las armas por el Frente Polisario, y la guerra podía afectar a los colonos españoles. El gobierno español forzó la evacuación, se avino a que se perdieran todos los intereses españoles en el Sahara atlántico, incluidos los recursos de fosfatos y petróleo, y se lavó las manos respecto a lo que pudiera sucederle a los saharauis. Todo con tal de no afrontar un riesgo bélico que pusiera en riesgo la situación interna, la continuidad del franquismo sin Franco.

Me ha interesado mucho el tratamiento que hace del Frente Polisario, la principal fuerza independentista, sus acciones militares contra España, mediante guerra de guerrillas, y la respuesta española, que incluyó la persecución de sus militantes, hasta dentro de Mauritania, e incluso la ejecución de prisioneros. La documentación procedente del servicio militar de información aporta datos sobre este crecimiento del Frente Polisario y sobre sus relaciones exteriores y el apoyo a su causa de Argelia, Libia y, durante un tiempo, Mauritania. Es muy interesante la documentación sobre la creación por la administración española de un partido amigo, el PUNS, pues nos ilustra sobre la voluntad española de responder al desafío marroquí y también sobre su fracaso en el diseño de una alternativa al Frente Polisario.

También me ha fascinado el espacio que el autor dedica a la obsesión marroquí por quedarse con la colonia, y también el desplazamiento de Mauritania como país interesado, primordialmente, en hacerse dueño del Sahara Español.

Es la documentación del servicio de información militar la que nos permite conocer que, con Franco hospitalizado y fuera de juego, Presidencia autorizó maniobras de última hora, como fueron el viaje secreto del general gobernador a Argelia, para solicitar el apoyo argelino en caso de que el ejército marroquí penetrase en el Sahara español, y las conversaciones del general gobernador con la dirección del Frente Polisario, en las que se trató de acelerar la incorporación de saharauis a las tareas de gobierno y la colaboración militar para la defensa del territorio. ¿Eran maniobras de última hora, inútiles? La partida la ganó Marruecos, que arrastró a Mauritania, por la persistente noluntad del gobierno español de tomar una decisión respecto a la colonia. La apuesta había sido ganar tiempo. El tiempo se acabó porque Hassán II tomó cartas en el asunto de manera directa y efectiva. El libro presenta documentación sobre el avance de la Marabunta, de la Marcha Verde sobre el Sahara español, y sobre las respuestas que manejó la Junta de Jefes de Estado Mayor. También se presentan fuentes orales sobre la reunión de la Junta de Defensa Nacional y sobre el ofrecimiento hecho a Arias por el ministro secretario general del Movimiento, José Solís (que se

había arrimado mucho a Franco para intentar desplazar a Arias), para entrevistarse con Hassán II y llegar a “unos posibles futuros acuerdos” que evitasen el riesgo de conflicto militar.

Una de las partes que más interesará al lector es el relato sobre la reunión del Consejo de Ministros del día 21 de octubre, el segundo infarto de Franco y la negociación en Marrakech entre Hassán II y Solís, y por supuesto la transcripción íntegra de la conversación, recogida en un anexo, de la mano del embajador de España en Marruecos. Solís le dijo a Hassán II: deseo “que estemos de acuerdo para que el Sahara sea para Marruecos”.

Por ello, el texto atiende a las cuestiones de índole internacional, como la postura de Estados Unidos y Francia, favorables a que Marruecos se apoderase del territorio, pero, con la documentación disponible, se muestra la importancia de otros factores, como la decepción española ante la actitud de los saharauis durante la estancia en el territorio de una Misión Visitadora de Naciones Unidas, de la que se da cuenta utilizando la documentación del servicio de información militar. Los gritos, en mayo de 1975, de ¡Fuera España!, inesperados, por su cantidad, y decepcionantes, ya que en la capital se impusieron a las expresiones de quienes se inclinaban por la independencia de la mano de España, fueron un duro golpe para los sectores de la administración española proclives a un gobierno autónomo y, a medio plazo, a un Estado saharauí ligado a España. Por supuesto, lo sucedido dio alas a los sectores promarroquíes en la clase política, las fuerzas armadas y el mundo empresarial. ¿Afrontar un riesgo de guerra con Marruecos para defender a una población que en buena parte rechazaba a España? ¿Afrontar riesgos para tener que negociar la permanencia de los intereses españoles en el Sahara atlántico con el Frente Polisario, proargelino y que decía que no negociaría nada con España, ya que los jefes tribales aliados de España habían perdido buena parte de su influencia sobre la población? Resultan de mucho interés las declaraciones y las cartas de época, a sus familias, que algunos licenciados universitarios a los que tocó hacer la mili en el Sahara nos han aportado. También su testimonio sobre su empleo como mano de obra barata en puestos especializados, dado el déficit de funcionarios, hasta el punto de que el Gobierno General encargó a economistas catalanes que cumplieran allí el servicio militar que elaborasen un estudio sobre el valor de las posesiones del Gobierno General del Sahara, ¿para cobrárselas a los saharauis, si se negociaba la descolonización?, ¿para cobrar el importe a Marruecos, si se vendía la colonia?

Otros aspectos relevantes de la obra son el estudio del nacionalismo saharauí en 1970-1974, si bien el libro en cinco de los once Capítulos desarrolla acontecimientos de 1975, que es el año -insistimos- que más interesa al autor por ser la fecha clave en la pérdida colonial.

En ocasiones, la narración exhaustiva de acontecimientos histórico-militares hace más denso el trabajo pero hemos de recordar que se trata de un

texto científico. Sin embargo, como el libro está tan bien escrito, como ya se ha indicado, el hilo conductor se transmite con grandeza.

El hecho de que Hassán II hiciera del Sahara Occidental el principal tema de su política exterior y el final de la colonia española son hechos identitarios que nuclean el libro y, en verdad, que el último Capítulo produce mucha tristeza. Es aquí cuando se narra, con gran efectividad y claridad expositiva, la salida de España del Sahara Occidental y los sentimientos de abandono y traición que quedaron impresos en el aire líquido azul de aquel entrañable desierto.

José Manuel AZCONA  
*Universidad Rey Juan Carlos*

**JIMÉNEZ SUREDA, Montserrat**, *Els inicis de la historiografia eclesiàstica catalana en el seu context europeu*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2014, 489 pàgs.

La trayectoria investigadora de esta brillante profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona es admirable, pues en sus publicaciones combina a la perfección la utilización de una documentación exhaustiva del objeto de estudio, con su gran capacidad para exponer los resultados con sencilla elegancia. Buena conocedora del contexto político y socio-religioso de la Cataluña Moderna, como ha mostrado en los muchos estudios que ha publicado, hoy nos sorprende con el primer volumen de un magnífico estudio sobre la historiografía eclesiástica de Cataluña, dentro del contexto europeo.

El objetivo que la autora se propone es claro: «hacer una historia general sobre la evolución y el estado de la historiografía eclesiástica de Cataluña, dentro del contexto europeo del que no se puede dissociar». Para llevar a cabo esta síntesis bibliográfica ha leído multitud de libros, que detalla en las notas a pie de página, y ha reflexionado sobre ellos sin tener en cuenta los apriorismos y complejos, para ofrecernos un estudio de historiografía comparada. Es decir, un libro tan apasionante como difícil de definir, que pretende condensar en 500 páginas la historia de la historiografía eclesiástica catalana, en su contexto europeo, desde los orígenes hasta los tiempos modernos.

La obra se presenta estructurada en seis capítulos, lo que obliga a su autora a documentar el contexto y las manifestaciones literarias que lo acompañan para llevar a cabo su estudio. El primero, sobre los precursores, lo dedica a los precedentes greco-romanos y bíblicos, que conforman la doble tradición en que se basa la historiografía cristiana en general. La herencia greco-romana tuvo gran influencia en la historiografía posterior, tanto en su metodología como en los diferentes géneros históricos, pero no hay que olvidar la influencia que la cultu-



ra judía ejerció en la historiografía eclesiástica mediante el concepto de historia lineal, pues los libros del Antiguo Testamento de la Biblia constituyen la base del cristianismo. En el segundo, dentro del contexto del universo cristiano, estudia la incidencia que los distintos aspectos de la visión del mundo, el pensamiento y las instituciones del saber cristiano (especialmente los monasterios y universidades), han tenido en la configuración de una tipología de historiografía, desde las vidas de los mártires hasta las crónicas, pasando por los múltiples tipos de la biografía y hagiografía del medievo.

Las órdenes religiosas sirven para concatenar los tres siguientes capítulos y las peculiaridades institucionales e históricas de cada una, contextualizando las obras de carácter histórico producidas por sus miembros, en las cuales no es raro que el discurso y los títulos se adentren sin solución de continuidad en la edad moderna. En el tercero, sobre las nuevas órdenes mendicantes y la historia, analiza las aportaciones de los dominicos, franciscanos y carmelitas; en el cuarto, las de las órdenes militares, los mercedarios y trinitarios; y en el quinto, las de los hospitalarios de san Antón, servitas, jerónimos y capuchinos.

En el último capítulo analiza los reflejos historiográficos de los «enemigos de la fe», es decir, de los herejes y disidentes (milénarismos, cátaros, valdenses, beguinos, husitas, etc.), tanto de las herejías condenadas por la Iglesia como los movimientos espirituales al límite de la ortodoxia. Y termina el libro con unas conclusiones de gran precisión y claridad.

Aunque cada uno de estos capítulos tiene sentido en sí mismo, la autora los ha encadenado entre sí para ofrecer el rico cuadro final que constituye el libro. Sin embargo, ante la gran cantidad de material acumulado, en ocasiones se ha visto obligada a recurrir a la generalización para conseguir una síntesis bibliográfica, lo que supone que ha tenido que hacer una selección del material, incluyendo o excluyendo algunas obras y autores. Inclusión o exclusión necesaria para poder llevar a buen puerto la investigación propuesta. Pues, como recalca la autora, la necesaria selección no significa quitar importancia a los excluidos, sino que se debe a la simple cuestión de espacio y de tiempo.

Es más, como la profesora Jiménez Sureda conoce muy bien las diferentes interpretaciones que se hacen de la historiografía, al utilizar el concepto de «historiografía eclesiástica», opta por una definición amplia, que le permite tratar indistintamente sobre los referentes antiguos y medievales (las historias eclesiásticas Eusebio de Cesárea, Beda o Gregorio de Tours), los géneros centrados en personajes y temas religiosos (hagiografías, vidas de santos y de papas, etc.), las obras hagiográficas que hacen referencia a la relación entre el poder real y eclesiástico, y, en fin todos los escritos de los miembros de una orden religiosa, sean de temática histórica o no.

Por otra parte, hay que resaltar la simetría formal que Jiménez Sureda utiliza en la obra, al poner en pie de igualdad la producción historiográfica de las

ramas femeninas y masculinas de las órdenes religiosas, así como la generada por la ortodoxia y la heterodoxia. De este modo, podemos entender porque se promueve una serie de crónicas contra los cátaros, que ayudan a fijar la ortodoxia dentro de un paradigma aceptado y promocionado por aquellos que gozaban del poder en aquel momento histórico concreto.

En fin, este libro, cuyo contenido es de gran densidad por la información que aporta, ha sido editado con el mayor cuidado por el Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Barcelona, y es un ejemplo de equilibrio empírico e interpretativo, pues aunque su autora parte de un esquema organizativo claro, se deja entrever que ha sido lo suficientemente flexible para permitir que los materiales utilizados doten de lógica, cronológica y factual, sus resultados. No me queda sino felicitar a la profesora Jiménez Sureda por el trabajo realizado y esperar que pronto nos ofrezca el segundo volumen.

Maximiliano BARRIO GOZALO  
*Chiesa Nazionale Spagnola di Roma, Italia*

**MORADIELLOS, Enrique (dir.),** *Las caras de Franco. Una revisión histórica del Caudillo y su régimen*, Madrid, Siglo XXI, 2016, 286 págs.

Sobre la figura de Francisco Franco, enjuiciada desde una perspectiva histórica se ha escrito mucho, por lo que debe resultar una tarea comprometida el revisitarle tratando de ofrecer un enfoque original e intelectualmente exigente, a la par que atractivo para el lector, no necesariamente el especialista. Unos retos que este libro cumple, denotando además una considerable coherencia, pese a ser una obra colectiva, pero donde los diferentes ensayos demuestran por regla general que siguen unas pautas previamente fijadas y reflejan su origen en un proyecto de investigación bien dirigido y ejecutado.

El desglose del caudillaje de Franco en la pluralidad de facetas que lo componen buscando profundizar en cada una de ellas y poner la marca de autoridad del especialista es el objetivo primordial de este libro, que se complementa con otros capítulos no menos interesantes que se ocupan de examinar cómo se construyó o llegó a diluirse el carisma de Franco en la fotografía, la prensa o la literatura, o cómo el no carisma o el antimito del dictador se fue elaborando en los escritos de los exiliados españoles.

Enrique Moradiellos, además de una muy pertinente introducción en la que señala que el objetivo del libro es ofrecer una reconsideración historiográfica más solvente, objetiva y documentada del general Franco en su dimensión pública y privada y de recordar los hitos básicos de su trayectoria vital, firma un largo ensayo sobre la transformación de Franco en *caudillo*, un término del que por vez primera

se hizo un uso público en el *Boletín Oficial del Estado* de 28 de septiembre de 1937, pero que venía arropado por un intenso martilleo en la prensa, la radio y hasta en las paredes de los edificios (en este caso, mediante plantillas que imprimían la efigie de Franco acompañada de un texto que rezaba: “Franco. Caudillo de Dios y de la patria...”). Pero la atribución al general de dicho calificativo, si reflexionamos sobre el régimen que construyó y que perduró durante tanto tiempo, tiene un significado que trasciende la efusión retórica y patriótica, ya que terminó designando una magistratura superior y la concentración de todos los poderes estatales en una sola persona, de manera vitalicia y sin limitación temporal. La condición de “caudillo”, pues, convirtió a Franco en el órgano auténticamente soberano del nuevo régimen, construido durante la Guerra Civil.

Las transformaciones del vocablo desde sus orígenes en las guerras de la independencia americana a su retorno a la Península y su final apropiación, ya en el primer tercio del siglo XX, por los círculos políticos y periodísticos de la derecha para designar a los jefes militares victoriosos en la guerra colonial llevada a cabo en el norte de África y cómo acabó singularizándose en la figura de Franco desde su exaltación a la jefatura del Estado y del ejército, constituye otra interesante dimensión de su ensayo, lo mismo que su repaso a las culturas políticas de la derecha liberal para poner de manifiesto cómo, durante la Guerra Civil, la doctrina del caudillaje, que necesariamente tenía que personalizarse en un militar, fue uno de los principales puntos de convergencia para todas ellas (en ese sentido, el autor define a dicho conflicto armado como “tiempo matriz del caudillaje franquista”). Sin olvidar el importantísimo componente religioso, católico, como prueba el que, muy rápidamente se transitara hacia la fórmula de “Caudillo por la gracia de Dios”. Su trabajo se completa con una aportación, de carácter teórico, sobre el carisma y la legitimidad política sobre lo que se teorizó mucho en la Europa del período de entreguerras (Max Weber, Carl Schmitt...), pero también en la España franquista, donde sobresalió la contribución del catedrático de derecho político, Francisco Javier Conde.

Manuel Ros Agudo, un buen especialista en el primer franquismo firma un competente trabajo en torno a la dimensión crucial de Franco en tanto que militar, “aspecto esencial de su identidad, y la base de su poder político”. Un poder, conviene señalarlo, que concibió siempre como mando. El ensayo, que sigue los pasos de Franco desde su ingreso en la Academia Militar de Toledo, enjuicia de manera ponderada, pero también muy expresiva toda su carrera en tanto que soldado provisto, desde la Guerra, de poderes excepcionales pero cuya concepción del mando no encajaría en modo alguno con el liderazgo fascista. El trabajo aporta datos y valoraciones novedosas en torno a la conducción de dicho conflicto, la eventual entrada de España en la II Guerra Mundial, o la descolonización de las posesiones españolas en África que terminaría con la vergonzante pérdida del Sáhara Occidental tras el episodio de la *Marcha verde*.

La historiadora italiana Giuliana di Febo, gran conocedora del franquismo y específicamente de su vertiente religiosa y nacionalcatólica contribuye a este libro con una aportación en torno a la construcción del carisma religioso durante la Guerra Civil ya que, como señala, la reconfiguración del golpe de estado del 18 de julio de 1936 en clave redentora y salvífica proporcionó en buena medida el trasfondo para la legitimación del Caudillo como jefe providencial y restaurador de la civilización cristiana. Resultaron de gran ayuda, a este respecto, toda una serie de escritos (libros de Millán Astray, de Joaquín Arrarás, artículos en la revista jesuítica *Razón y Fe...*) en que la presentación de Franco como un cruzado llamado a llevar a cabo el rescate religioso de España remataría su trayectoria bélica remachando una vertiente, la católica, muy importante en la construcción de su carisma y del régimen que estaba por construir. Un proceso que se vuelve más inteligible si se relaciona con los esfuerzos del cardenal primado, Isidro Gomá, por asegurar la estructuración del nuevo régimen en un sentido confesional y por contrarrestar las aspiraciones totalitarias de Falange (resulta expresiva, a este respecto la gestación del *Fuero del Trabajo*, tras una intensa negociación entre Gomá y dicha formación política).

Joan María Thomàs se centra en la dimensión del dictador en tanto que jefe nacional del partido único, Falange española tradicionalista y de las JONS, un cargo que añadió, en 1937, a los que ya ostentaba de Generalísimo y Jefe del estado, sin que eso autorice, en su opinión, a definir a su régimen como fascista. El autor se interroga sobre los motivos que le impulsaron a la creación de dicho partido que se produjo tras el ensayo y descarte de otras fórmulas en los primeros tiempos de la Guerra decantándose finalmente, con el concurso imprescindible de su cuñado, Ramón Serrano Suñer, por recrear en España el modelo de los regímenes amigos, nazi y fascista, por cuanto eso le proveería de una base de masas adicta a su persona. Por ello procedió a *incautarse* de Falange, tratando de integrar en ella, por medio del decreto de unificación de abril de 1937, al resto de sectores civiles y militares sublevados el 18 de julio. La actuación de Franco como jefe nacional del nuevo partido es objeto de estudio en la última parte de este capítulo.

Mario P. Díaz Barrado se ocupa de estudiar al Franco fotografiado y filmado, no sin antes justificar la pertinencia así como las especificidades que el uso de la imagen conlleva de cara a ofrecer una perspectiva nueva para el conocimiento del régimen. Es decir, lo que le importa sobre todo es presentar una propuesta metodológica con vistas a explicar las posibilidades que la imagen puede ofrecer al historiador. Y que son interesantes como se aprecia en el recorrido que efectúa por varias imágenes que corresponden a otras tantas etapas en la trayectoria de Franco hasta su presentación propagandística como un líder carismático, como el caudillo o, en la última fase de su vida, como “un abuelo casi entrañable”.

El estudio de la construcción de ese carisma mediático es el objeto de la aportación del especialista en historia de la prensa, Alfonso Pinilla García. Lo hace estu-

diando varias de las cabeceras más significativas de la prensa diaria franquista, distinguiendo tres fases en este asunto: la primera, correspondiente a los años de la Guerra Civil, en la que se dio la conversión de un general prestigioso en Caudillo de España por la gracia de Dios (la creación del carisma, pues); una segunda que correría entre los años 1940 y 1959 en la que tuvo lugar, parafraseando a Max Weber, la “rutinización del carisma” y una última, que se ajusta a los años 1960-1975, en la que se habría producido su disolución.

José Antonio Rubio, por su parte, se ocupa de cómo la figura de Franco fue tratada por parte de los opositores al régimen que, antes que como caudillo nimbado de cualidades carismáticas, lo enfocaron como un tirano cruel, esforzándose por crear el “antimito” de Franco. El rastreo en los orígenes familiares poniendo de relieve sus supuestos traumas o su mediocridad para encontrar la clave de su personalidad, o los lugares comunes de toda esta literatura, como la caracterización del dictador en base a la frialdad, la impavidez, la perfidia, la crueldad, la astucia, el desmedido apetito de poder, etc., constituyeron temas o enfoques recurrentes de un tratamiento que pecó de maniqueo y caricaturesco, además de ser excesivamente personalista (un rasgo inducido por el personalismo de la propia dictadura).

Mario Martín Gijón se ocupa del tratamiento que ha hecho la literatura de la figura de Franco y que habría transitado desde la mitificación a la desmitificación. Lo primero lo pone muy bien de manifiesto el autor al compulsar la abundante literatura hagiográfica que floreció durante la guerra y la inmediata posguerra que se esforzaron por caracterizar al general como un carismático juvenil y hasta risueño (¡) dictador fascista (el tópico de la sonrisa de Franco, que encuentra su forma más canónica en el soneto de Manuel Machado: “Francisco Franco”), enlazándole con figuras de significado tan diverso como Jesús o El Cid. Mientras que en la literatura del exilio, habría coincidencia en presentarle como un traidor (así, el largo romance compuesto por José Bergamín). En cambio en la producción literaria posterior a su muerte, ya en democracia, su figura y la de su régimen, han sido poco visitados, deteniéndose, no obstante el autor en algunos textos que le parecen significativos, como *Las lágrimas de Franco*, de José Antonio Lago (2007).

El libro se completa con una aportación de Manuel Melgar, director del Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca en el que da cuenta de los documentos que el dictador guardaba en su despacho, así como de otros en que su figura está presente de una forma u otra resaltando el interés, aparte de los llamados *papeles de Franco*, de los fondos, imprescindibles para el estudio de la guerra y del régimen, que se custodian en el Archivo general militar de Ávila o de los del propio Centro de Salamanca. El trabajo se revela como de gran utilidad para los investigadores del franquismo.

Rafael SERRANO GARCÍA

*Instituto de Historia Simancas - Universidad de Valladolid*

**MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo; PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo**, *Causas y consecuencias de la Gran Guerra (1914-1918) y su influencia en el mundo actual, cien años después*, Burgos, Unipec, 2016, 206 págs.

La Primera Guerra Mundial fue uno de los conflictos que mayores consecuencias -a corto y largo plazo- han tenido en la historia de la humanidad, por lo que no es de extrañar que el centenario de su inicio haya supuesto una oportunidad para la revisión de sus aspectos más importantes.

Es en este contexto donde se enmarca la obra que reseñamos a continuación y que recoge las aportaciones de un grupo de especialistas en la materia -bajo la dirección de los profesores Ricardo Martín y Guillermo Pérez- tratando no sólo los aspectos que se indican en el título para tratar aspectos menos conocidos pero no por ello menos importantes como el papel de los reporteros de guerra o la influencia en la sociedad española, más allá del debate (en ocasiones, violento), entre *aliadófilos* y *germanófilos* para adentrarse en los efectos que tuvo sobre los sectores más importantes de la intelectualidad.

El primer capítulo, a cargo del profesor Guillermo Pérez Sánchez, contiene una pormenorizada explicación de la paradoja que se vivía en Europa en la segunda década del siglo XX: Un continente que parecía haber alcanzado el punto más alto de civilización y desarrollo material, pero -a pesar de ello- parecía encaminado a un conflicto general por la pervivencia de enfrentamientos entre naciones que dieron lugar a una creciente carrera armamentística y a un complejo sistema de alianzas que, unido a otros factores de tipo económico y político, terminaron por confluir en el verano de 1914 para provocar -a raíz de un incidente grave, pero de alcance regional- un conflicto general al no encontrarse las soluciones diplomáticas que habían permitido solucionar problemas anteriores, negando la 'inevitabilidad' y la responsabilidad única -sancionada en el Tratado de Versalles- de Alemania.

El desarrollo militar del conflicto es abordado por el profesor Luis Eduardo Togores, señalando como los más elaborados planes de ambos bandos se vieron abocados al fracaso, frustrando la confianza en una "guerra rápida", de tal manera que sus efectos se hicieron más dramáticos. Particularmente interesante es el relato de como ambos bandos buscaron el apoyo de los países neutrales provocando la adhesión -aceptada o forzada- de numerosos países cuya aportación -salvo en el caso de Estados Unidos- fue nula desde un punto de vista militar e incluso contraproducente para los beligerantes.

Uno de los aspectos más innovadores del conflicto fue el control de la propaganda que en el libro aparece minuciosamente analizado por Pilar Bernal. La necesidad de reforzar la cohesión interna en todos los países -y debilitar la del enemigo- llevó a los gobiernos a reforzar sus actividades de propaganda y utilizar mecanismos de censura que coartaban la libertad de acción de los reporteros de guerra cuando sus informaciones mostraban una imagen apartada de la *verdad oficial*. La

opinión pública se convirtió en un verdadero frente de guerra y, como tal, se aplicaron estrategias y tácticas de combate apoyadas por el desarrollo que alcanzaron los primeros medios de comunicación de masas. Estas prácticas fueron de una gran eficacia, pero, tras la guerra, crearon entre las poblaciones una sensación de rechazo por la manipulación de la que se había sido objeto.

Los siguientes capítulos analizan los efectos de la guerra en cuatro planos: relaciones internacionales, cambios territoriales en Europa y África, economía y cultura. Eduardo González del Olmo explica el proceso que siguió al armisticio y que desembocó en una serie de tratados en los que se hizo patente la división entre los vencedores: el presidente Wilson, partidario de una *paz blanca* frente a las actitudes revanchistas de Clemenceau, y las conciliadoras de Lloyd George –preocupado por la expansión del comunismo–. El resultado de las conferencias de paz fue un acuerdo que los vencidos rechazaron por humillante y alguno de los vencedores –Italia– por insuficiente para sus expectativas. El único aspecto positivo fue la creación de la Sociedad de Naciones como marco para la negociación diplomática que, tras sus primeros pasos, actuó como garantía para el diálogo y el mantenimiento de la paz, sin embargo, como bien explica el autor, no fue capaz de sustraerse al ascenso de los totalitarismos, –consecuencia, asimismo, de los mismos tratados de paz–.

Los mapas políticos de Europa y África experimentaron una profunda remodelación tras la guerra. En el primero de casos, los profesores Forner y Senante indican como los cambios se iniciaron antes incluso del final de la guerra con el armisticio entre las Potencias centrales y la Rusia soviética que si bien fueron un éxito puntual para Alemania, en la práctica ésta no logró su objetivo final de llevar a cabo una retirada masiva de tropas para destinarlas al frente occidental por la necesidad de hacer frente al control de nuevos territorios. Supeditar los objetivos militares a sus ambiciones expansionistas en Europa Oriental se convirtió así en uno de los factores desencadenantes de su derrota final así como de conflictos posteriores. Tras el armisticio se hizo patente como los planteamientos idealistas de Wilson no tenían cabida en la compleja realidad europea dando lugar al triunfo de la nación identitaria sobre la nación política, lo que daría lugar a la insatisfacción de los grupos nacionales que no habían logrado sus aspiraciones de independencia, pasando de formar parte de imperios multinacionales a estados donde tampoco encontraron acomodo siendo el germen de nuevos conflictos: desplazamiento de minorías, leyes discriminatorias... Incluso los vencedores se vieron sacudidos por la oleada nacionalista como fue el caso de Gran Bretaña que se vio obligada a aceptar la independencia de la República de Irlanda tras una guerra civil que dio lugar a la partición de la isla. Todo ello, como señalan los autores, creó una Europa sumamente inestable.

No muy diferentes fueron los efectos en África. El profesor Carlos Echevarría analiza detalladamente como este continente se convirtió en una fuente fundamental de recursos -humanos y materiales- para las metrópolis y también un campo de batalla. Incluso alguna de las colonias -Sudáfrica- sufrieron una profunda división

interna por su participación en el conflicto. Minuciosa descripción de los frentes africanos y los efectos de la guerra con un nuevo 'reparto' del continente entre los vencedores bajo otras fórmulas jurídicas.

La guerra tuvo unos efectos económicos entre los que Domingo Fernández Navarrete resalta el cambio en la hegemonía europea y la crisis del modelo económico liberal por la creciente intervención del estado y el triunfo de la revolución soviética en Rusia. Se centra en un análisis de las teorías de Keynes y sus críticas al funcionamiento del sistema económico clásico dominante en la Europa del siglo XIX, pero también como respuesta al auge de los sistemas autoritarios a la altura de 1936 ofrecían soluciones a la crisis económica que ofrecían soluciones al problema del desempleo. Keynes propone la intervención reguladora del Estado siempre compatible con las libertades, además de señalar otros problemas como la imposibilidad alemana de hacer frente a las reparaciones de guerra impuestas por los vencedores. Keynes se mostraría como un profeta de los problemas que años más tarde se trataron de resolver con la *declaración Schumann*. Keynes vio venir los efectos negativos de la situación posterior a la guerra como la fractura política de Europa en nuevos estados y, por tanto, sus fronteras, con ausencia de planes de reconstrucción en los Tratados.

La destrucción del tejido económico europeo llevó a la pérdida de su hegemonía mundial... En el caso de España, niega la creencia generalizada acerca de los beneficios de la neutralidad más allá de la recuperación de la balanza exterior y la españolización de sectores económicos controlados por el capital extranjero. Hubo un incremento de la producción pero que no se aprovechó para renovar el tejido productivo lo que fue una manifestación más de "economía de guerra" unido a un proceso inflacionista una grave crisis que dio unido a un proceso inflacionista consolidada durante la II República.

Los dos últimos capítulos están dedicados a cuestiones sociales y culturales. José Ramón Díez Espinosa, uno de los grandes conocedores del proceso, explica las claves de la identificación entre la victoria de los aliados y la democracia por la extensión de los principios de ésta en los antiguos estados autoritarios y de las nuevas naciones surgidas que se manifestó en la adopción de Constituciones democráticas y reformas legales para posibilitar la acción política que se trasladó a la organización económica, las relaciones laborales o las instituciones internacionales algo que muy pronto se manifestó como un espejismo por el apogeo de los movimientos totalitarios.

La cultura y las mentalidades no fueron ajenas a los efectos de la guerra, el pesimismo, la desazón son elementos clave en la producción literaria de quienes han participado en un conflicto cuyos efectos son difíciles de olvidar, la pérdida de confianza en una civilización que hasta 1914 se consideraba superior y en el orden racional del mundo por lo que surgen respuestas irracionales con un claro reflejo en las vanguardias artísticas de las que el autor recoge interesantes ejemplos en todos los campos más importantes de las artes y las ciencias.



Otra novedad de la época fue el creciente protagonismo de las masas que fue observado por intelectuales como Ortega y Gasset y Zweig, una creciente uniformidad, estandarización que se manifiesta en las grandes concentraciones urbanas, se pasa de ciudades a metrópolis, grandes concentraciones de asimilación. Se busca reflejar la vida cotidiana de las ciudades.

América impone sus gustos se habla de una "conquista" de Europa por América que es vista de forma crítica por aquellos intelectuales orgullosos de la "vieja civilización europea" unido a una mitificación de la vida americana. La estandarización nace de la producción en masa que, por otra parte, supone una verdadera democratización de la producción haciendo más asequibles los productos de consumo. Una influencia americana que llega a través del cine, la radio o los medios de comunicación de masas.

Finalmente, el profesor Ricardo Martín de la Guardia nos acerca a uno de los movimientos más notables de la *Edad de Plata* de la cultura española: la generación de 1914, surgida al calor del enfrentamiento entre *aliadófilos* y *germanófilos*, pero cuyo alcance iba mucho más allá al recuperar el debate sobre la realidad española suscitada por la crisis finisecular. Dentro de la notable actividad periodística desarrollada por este grupo de intelectuales, el capítulo se centra en la figura de Eugenio D'Ors quien defendió la idea de Europa como una "unidad cultural", rota por una guerra movida por el enfrentamiento entre particularismos nacionales, por ello, D'Ors, con una visión -que podríamos calificar de profética- puso el acento en la necesidad de sustituir el concepto de Nación por una entidad basada en la existencia de un sustrato cultural común y la mutua necesidad entre las entidades que la componían. Si bien, no llegó a ver plasmada esta idea en la realidad.

Juan Antonio CANO GARCÍA  
*Universidad de Valladolid*

**CASTRO, Demetrio (coord.),** *Líderes para el pueblo republicano. Liderazgo político en el republicanismo español del siglo XIX*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2015, 219 págs.

La bibliografía sobre el republicanismo español del Ochocientos es ya abundante, pero, precisamente por eso, permite delimitar mejor qué vertientes quedan aún por explorar, siendo una de ellas la del liderazgo, pese a que esta temática ha sido objeto de una producción académica muy rica en otros países, especialmente en los del ámbito anglosajón, que posibilitan establecer los distintos modelos de liderazgo o los variados factores que intervienen en su configuración, sin olvidar nunca el contexto histórico en que tales procesos tienen lugar. En la historiografía española de las últimas décadas se ha progresado mucho en el conocimiento de la cultura (as) política republicana, de los diferentes discursos ligados a este credo

político, sin embargo, como observa el coordinador del volumen en su presentación, un mejor conocimiento de los procesos del liderazgo político en el universo republicano español debería redundar en última instancia en una mejor comprensión de la razón de ser de la larga permanencia de los valores culturales republicanos en la España del XIX.

El libro, por otro lado, plasma los resultados de un proyecto de investigación dirigido por Castro, revelando una considerable coherencia en el sentido de que la mayor parte de las contribuciones se ajustan a unas pautas comunes e intentan responder a unas hipótesis de trabajo previas en torno a cómo pudo funcionar el liderazgo entre las grandes figuras del republicanismo de la segunda mitad del XIX y los comienzos del XX. Estamos, por ello, ante un libro bastante logrado.

Antonio Robles Egea (Universidad de Granada) aborda en un plano teórico, pero también aplicado, la tarea de reflexionar, acudiendo a un respaldo erudito considerable, en torno a esta cuestión del liderazgo político, a pesar de que a los propios protagonistas, los republicanos del XIX, ya les había parecido un factor de primer orden para comprender los procesos políticos en España. Para ello ofrece una información muy provechosa sobre los elementos que conforman dichos procesos tales como las características y comportamiento personales, las redes de apoyo, las estrategias... , apoyándose en una extensa bibliografía y en las taxonomías que los estudiosos han establecido (así, la distinción, planteada por Burns, entre liderazgo transaccional y transformador). Luego se ocupa del contexto histórico español de la segunda mitad del Ochocientos, es decir de la época en que hicieron política los principales líderes republicanos (José María de Orense, Estanislao Figueras, Manuel Ruiz Zorrilla, Emilio Castelar, Francisco Pi y Margall o Emilio Castelar) todos los cuales participaban, a su juicio, de una tradición de pensamiento común y practicaron un tipo de liderazgo bastante similar que respondería al modelo transformador o transformacional, es decir, que ambicionaba promover un cambio trascendental. Se diferenciaron, no obstante en una serie de aspectos clave que él se esfuerza por sistematizar y condensar al final de su contribución.

Gregorio de la Fuente (Universidad Complutense) firma un enjundioso estudio sobre la figura del aristócrata republicano José María Orense, líder indiscutible (“patriarca”, “apóstol”...) de esta corriente política en el tiempo de la Revolución *gloriosa* de 1868, una primacía que se intenta explicar analizando factores como su educación y riqueza, y hasta su condición aristocrática (ostentaba el título de marqués de Albaida), lo que no le impidió practicar una elocuencia sencilla con la que conectaba muy bien con sus oyentes populares, o sistematizar el cuerpo de doctrina del Partido Demócrata. Examina asimismo las redes variadas (familiares, asociativas, periodísticas, políticas...) que intervinieron en la construcción de ese liderazgo, sus iniciativas para movilizar a sus seguidores, o la eficacia de su labor política medida por sus éxitos, que no fueron pocos. Se puede decir que hay aquí una reevaluación de su figura y de su papel determinante en el hecho de que, al menos hasta

1869, se construyera bajo su jefatura un movimiento demócrata-popular relativamente moderno y europeo.

El liderazgo visionario de Manuel Ruiz Zorrilla es analizado por Raquel Sánchez (Universidad Complutense), que llama la atención sobre su peculiar republicanismo, su preferencia constante por el ejército y la insurrección para, dentro de la tradición progresista, alcanzar el poder, o el hecho de que durante la Restauración personificara, mejor que cualquier otro líder republicano, los valores de la “Gloriosa”, entendidos por él como la antítesis de los que fundamentaron al régimen restaurador.

Jorge Vilches (Universidad Complutense) vuelve sobre una figura para él muy familiar, como es Emilio Castelar. En esta contribución se plantea abordarlo como líder transformacional (el modelo de liderazgo predilecto entre los demócratas del siglo XIX), haciendo énfasis en el recurso a instrumentos de propaganda tales como la oratoria o la prensa. Se ocupa también de la puesta en pie del partido posibilista a partir del momento culminante en la carrera política de Castelar –los cuatro últimos meses de 1873–, y de la idea de república que defendió durante la Restauración y que justificaría su decisión de disolver el partido en 1891.

El coordinador del volumen, Demetrio Castro (Universidad pública de Navarra), se centra en Francisco Pi y Margall, adoptando un original punto de partida: el estudio pormenorizado de lo que los contemporáneos hicieron o, sobre todo, dijeron, con ocasión del fallecimiento del viejo líder en 1901, destacándose su austeridad, su superioridad moral, su saber, su consecuencia, pero también, su dogmatismo y su falta de carisma. Es interesante, frente a visiones historiográficas bastante extendidas sobre la trayectoria de Pi, el hecho de que Castro rebaje su peso político dentro del republicanismo durante la etapa del Sexenio en que se puso de manifiesto su incapacidad, en 1873, para poner bajo su dirección al movimiento republicano y cómo dicha negativa experiencia explicaría el que Pi se decantara, ya durante la Restauración, por un modelo de jefatura personalista y autoritaria en la que el partido se achicaba respecto al líder.

Ángel Duarte (Universitat de Girona), por último, aporta una contribución sobre Lerroux y Salmerón que sigue una pauta distinta de los trabajos anteriores, pero que no deja de ser por ello menos atrayente ya que la coincidencia de ambos políticos durante el primer decenio del siglo XX en una de las plazas fuertes del republicanismo hispano como fue Barcelona, le conduce a profundizar en dos variantes de liderazgo en que la encarnada por Salmerón vendría del momento fundacional de la democracia en España, el Sexenio 1868-1874 y la otra, la de Lerroux se habría gestado en un momento diferente, presentando un cariz airado y plebeyo y más en sintonía con la nueva política de masas. Un modelo de liderazgo alejado de la preocupación por el decoro y del intelectualismo del institucionista Salmerón. Pero dos variantes, por otra parte, que habrían llegado a entrelazarse en los primeros

años de siglo y a compartir ciertas nociones comunes como la estima por el pueblo pese al distinto significado que Lerroux y Salmerón otorgarían a dicho concepto.

Rafael SERRANO GARCÍA

*Instituto de Historia Simancas - Universidad de Valladolid*

**QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ, Rafael**, *Gabriel Morón Díaz (1896-1973). Trayectoria política de un socialista español*, Almería, Editorial Universidad de Almería, 2015, 817 págs.

La escasa importancia otorgada durante décadas al género biográfico en nuestro país ha provocado que personalidades destacadas de la vida pública en el pasado carezcan en la actualidad de estudios monográficos de cierta entidad. Afortunadamente, desde los años noventa del siglo XX los historiadores españoles han comenzado a dedicar mayor atención al estudio de algunas de estas figuras, acercándonos así –aunque todavía quede un buen trecho por recorrer– a la extensa producción biográfica de tradiciones historiográficas como la anglosajona. Con todo, si algunos de los grandes estadistas o las más influyentes figuras de la ciencia, la economía o la cultura están aún necesitados de un análisis histórico riguroso, qué puede esperarse sobre aquellos otros que, desempeñando papeles importantes en determinados momentos y que, en consecuencia, habiendo dejado huella en sus respectivos ámbitos de decisión, no llegaron a entrar en el elenco de los prohombres de la historia nacional.

El libro que presentamos es, precisamente, un auténtico modelo en el estudio de estos personajes: modélico por la abrumadora aportación de fuentes directas, por el pulso narrativo en sus casi setecientas páginas de texto, por la capacidad de integrar la trayectoria vital del personaje en la evolución del socialismo andaluz y del español en general, así como en el desarrollo de la política nacional desde las primeras décadas del Novecientos al exilio que siguió a la Guerra Civil.

Es muy probable que para muchos el profesor Quirosa-Cheyrouze sea más conocido por su infatigable labor al frente del Grupo de Investigación sobre Estudios del Tiempo Presente, uno de cuyos logros más encomiables es la larga lista de obras coordinadas por él y publicadas al compás de los congresos sobre la Transición española organizados en Almería; de tal modo que ningún estudioso de aquel periodo de nuestra historia reciente puede obviar las aportaciones generadas en estos coloquios. Sin embargo, Rafael Quirosa, catedrático de la Universidad almeriense, también ha llevado a cabo meritorias monografías sobre la Segunda República, el alzamiento militar del 36 y la represión de la retaguardia republicana en la provincia; obras, todas ellas, que en su momento –hace ya veinte años– fueron vanguardistas y que han mantenido la frescura después del tiempo transcurrido, no solo

por su temática y tratamiento, sino también por el rigor metodológico y por la exhaustiva utilización de fuentes, marca de la casa.

En el caso que nos ocupa, el biografiado, Gabriel Morón Díaz, estuvo desde muy joven imbuido de las ideas socialistas, y fue a lo largo de toda su vida uno de tantos que, poniendo por delante el triunfo de la revolución, lucharon con denuedo por mantenerse libres de las exigencias propias de las distintas coyunturas políticas. Nacido en Puente Genil, su ímpetu lo condujo a organizar y extender la llama socialista por las tierras andaluzas. Militante de la UGT desde 1912 y del PSOE desde el año siguiente, siempre fue un político con ideas propias, discrepantes en muchos momentos de la línea oficial asumida por su partido. En noviembre de 1924 ingresó en la logia Turdetania nº 15 con el nombre simbólico de “Engels” (págs. 112-113); cinco años después publicó en forma de libro un incisivo análisis sobre la actitud del PSOE ante Primo de Rivera, *El Partido Socialista ante la realidad política de España*. En él cargaba las tintas contra el colaboracionismo de su partido con el Régimen: crítico furibundo de la Dictadura, el libro daba cumplida muestra – como el resto de sus numerosos escritos periodísticos – de su fama de polemista.

Tras acoger con alborozo la llegada de la República, fue elegido, primero, concejal y, luego, alcalde de Puente Genil. Diputado en las Constituyentes, tanto desde su escaño como desde la prensa manifestó su malestar por la entrada del PSOE en el Gobierno y su alianza con los republicanos (págs. 215-234). De hecho, ya en el XIII Congreso del PSOE, celebrado en octubre en 1932, “quiso dejar claro que si él era enemigo de la participación ministerial, lo era todavía más de la colaboración parlamentaria” (pág. 284). No obtuvo acta de diputado en las siguientes elecciones, y en septiembre de 1934, acusado de ocultar explosivos en su domicilio, fue detenido en Madrid y condenado a diez años de prisión. En la cárcel concluyó su obra *En el camino de la Historia. El fracaso de una revolución*, publicada en 1935 y, en palabras del profesor Quirosa, “una compilación de la actividad política desarrollada durante el denominado Bienio Reformista” (pág. 352). La victoria frentepopulista le devuelve la libertad y le restituye en la alcaldía de su ciudad natal. Después del levantamiento del 18 de Julio ocupó puestos de responsabilidad, entre otros, el de gobernador civil de Almería durante los trágicos momentos de la llegada masiva de refugiados después de la ocupación de Málaga por las fuerzas franquistas a principios de enero de 1937, momentos que coincidieron con los bombardeos sufridos por la capital almeriense.

Subdirector general de Seguridad en junio de 1937 y, más tarde, director general en funciones (págs. 454 y ss.), en mayo de 1938 se convirtió en subdirector de *El Socialista*; no debemos olvidar que sus vínculos con la prensa le venían de muy atrás: desde sus primeros artículos en *Renovación*, que datan de 1914, y con mayor asiduidad desde los años veinte, en publicaciones como *Revista Popular*, *Sol* o el propio *El Socialista*. Coherente con su trayectoria, mantuvo en aquellos años su fe en el marxismo revolucionario y su inclinación a colaborar con los comunistas.

La victoria final del Ejército dirigido por el general Franco provocó su salida de España. El exilio fue duro para Morón y su familia, sobre todo, en la República Dominicana de Trujillo (1939-1941), vicisitudes que nuestro autor, basándose en la correspondencia de aquella época, refiere con intenso dramatismo (págs. 509-527). Para estudiar los largos años de estancia en Méjico, el profesor Quirosa despliega sus dotes natas de investigador, en una tarea casi detectivesca, no solo en los archivos de la capital americana sino a través de conversaciones con familiares y amigos del personaje. En Méjico D.F. tuvo Morón una relación estrecha con el círculo “Jaime Vera”, donde compartió vivencias con muchos socialistas que, como él, acabarían vinculándose al PCE. Decepcionado por las luchas intestinas del exilio y por la consolidación del general Franco en el poder, a partir de mediados de los años cincuenta se alejó de la lucha política –sin por ello renunciar a sus ideas– y se dedicó más a su familia y a su trabajo en una imprenta, vinculado así, por la vía profesional, a los padres fundadores del socialismo español.

Con el asombroso celo metodológico que lo caracteriza, Rafael Quirosa-Cheyrouze ha construido una biografía ejemplar. El resultado es el retrato profundo de una trayectoria vital, con las contradicciones y grandezas de alguien que conoció en primera persona los más graves acontecimientos de la historia reciente de España.

Ricardo MARTÍN DE LA GUARDIA  
*Universidad de Valladolid*